

El Informe Monteverde

El Informe Monteverde

© Por Lola Robles

Primera edición, mayo 2018

© Arte y diseño de la cubierta de Marina Vidal

© Ilustraciones de Marina Vidal

© Edición de Crononauta

www.crononauta.es

info@crononauta.es

ISBN: 978-84-947958-2-4

Depósito Legal: SE 844-2018

Impreso en España / Printed in Spain

Imprenta Estugraf (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EL INFORME MONTEVERDE

LOLA ROBLES

ILUSTRACIONES DE MARINA VIDAL

 **Crononauta**

Nota preliminar

A principios de siglo, la Sociedad para el Estudio de las Lenguas Interestelares envió a la lingüista terrestre Rachel Monteverde al planeta exterior Aanuk, para que estudiase la lengua y la cultura de sus habitantes.

El resultado de sus investigaciones fue una obra de más de trescientas páginas, *El informe Monteverde: Primera aproximación al estudio de las lenguas del*



planeta exterior Aanuk, publicado como tesis doctoral de su autora, al regreso de su viaje. Pocos años después, la doctora Monteverde decidió editar también una versión resumida del mismo, junto con el cuaderno personal que había escrito durante su estancia en Aanuk. Ambos textos se convirtieron en manuales imprescindibles para los exploradores lingüistas que intentaban investigar los idiomas de cualquier mundo habitado.

Entrevista a la doctora Rachel Monteverde

Por H. S. A. Jartum
Nueva Enciclopedia galáctica

Pero salgamos al jardín, mi querida Hannah Sweet Angélica, qué nombre tan bonito el suyo; allí tomaremos el té y unos pasteles que yo misma he preparado. En esta época del año el jardín es el mejor lugar de la casa para pasar la tarde, el más fresco, hablaremos más a gusto. ¿Quiere un poco de leche con el té? Yo lo tomo siempre así, me siento entre mis plantas y flores, y charlo con mi hijo Narsak cuando está en casa, o leo, o simplemente me dedico a pensar, a recordar... Ya sabe, los viejos nos deleitamos con los recuerdos, así que puede usted preguntarme cuanto quiera sobre los años que pasé en Aanuk, pero no me deje divagar mucho, acostumbro a hacerlo demasiado, cosas de viejos también...

Aanuk... Entre todos esos recuerdos, sin duda el tiempo aquel es uno de los que me han dejado una impresión más viva. A veces me sorprende que me venga a la memoria con tanta intensidad, como si

aquel viaje hubiese ocurrido hace muy poco. Por supuesto, Aanuk no solo me dio ese *Informe* que usted ha leído; me dio también a mi hijo, así que sería imposible que yo no recordara aquel mundo cada día, con solo mirarlo. ¿Fueron los mejores años de mi vida? No lo sé. Siempre me ha parecido triste hablar de los años mejores, el amor más grande, sobre todo cuando se tiene vida por delante para encontrar otro amor, experiencias nuevas; ni siquiera yo, ahora, tan vieja como soy, deseo hacer balance todavía. Ay, como la avisé, ya me estoy yendo por planetas lejanos...

Usted ha venido a que le hable de Aanuk. Sabrá que lo llamaban el Planeta Paraíso... pues aun siendo un mundo pequeño y remoto de la Zona Exterior, era asimismo tan cálido y hermoso que durante mucho tiempo se convirtió en refugio y lugar de descanso de navegantes estelares, exploradores y aventureros, hasta que, poco a poco, la fama de sus excepcionales condiciones de clima y paisaje lo hicieron también destino de los más lujosos cruceros turísticos: ningún millonario podía presumir de sus viajes si no había estado allí. Esto último ocurrió a principios de nuestro siglo terrestre, como sin duda también sabrá usted. Y que luego la crisis económica,

que afectó a casi todos los planetas desarrollados, acabó con tantos de esos millonarios que se hizo imposible mantener un turismo regular hacia un mundo tan distante como Aanuk y, en general, a cualquiera de la Zona Exterior. Aanuk desapareció de los mapas de las agencias de viajes estelares, pues solo podía ofrecer su belleza a los visitantes y ¿de qué sirve la belleza cuando resulta o parece inalcanzable? ¿No ha observado que en ocasiones las personas más guapas tienen peor éxito que otras menos atractivas, precisamente porque pocos se atreven a intentar seducirlas? Aquel mundo fue olvidado y olvidado sigue hoy.

Cuando recibí su carta, querida amiga Hannah Sweet Angélica, solicitándome esta entrevista, me sorprendió que alguien tan joven, sin ser lingüista, hubiera elegido Aanuk como objeto de estudio, y nada menos que en un proyecto tan importante y ambicioso como es la *Nueva Enciclopedia Galáctica*. Pensé que en realidad le habían impuesto el tema, es algo normal en este tipo de trabajos. Pero al decirme usted que ya en su adolescencia había leído *El Informe Monteverde* y lo había hecho con enorme placer, como quien lee una novela de aventuras, y por eso se había prestado voluntaria a escribir sobre

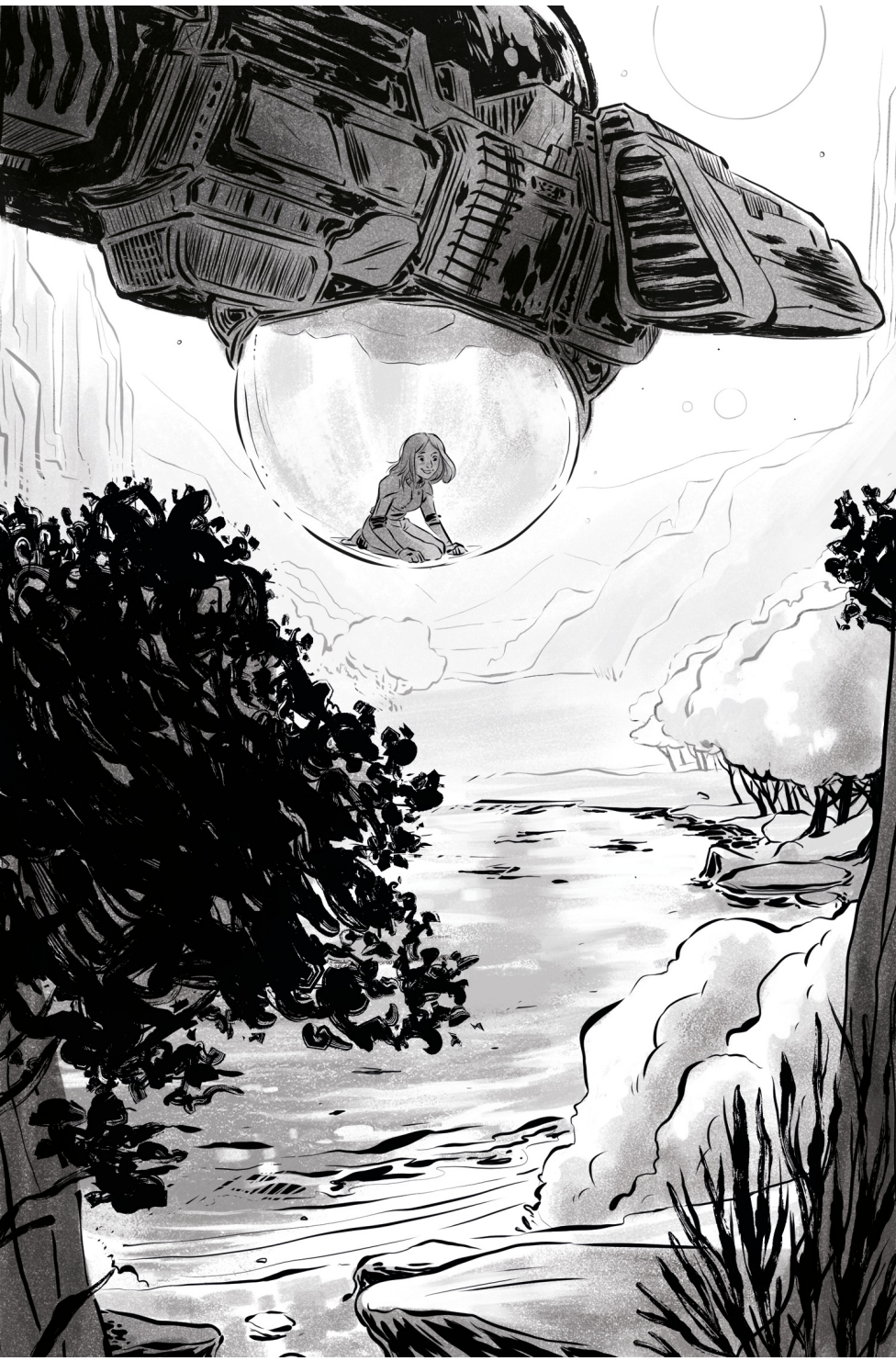
Aanuk, supe que me sería fácil contarle cuanto usted quisiera y responder a sus preguntas.

Ahora le explicaré que fue ese filón de posibilidades que tenía el planeta para las empresas turísticas lo que impulsó a estas a entregar cuantiosos donativos a la Sociedad para el Estudio de las Lenguas Interestelares. Cuantiosos pero rentables, por saber que los Lingüistas se habían convertido en los más expertos intermediarios entre las diversas culturas de la galaxia. Los empresarios los necesitaban como intérpretes y también para que enseñaran el *inter* a los nativos de Aanuk, pues pocos turistas querían perder el tiempo en aprender más de una decena de palabras del idioma de aquel mundo, más bien exigían ser atendidos en todo momento en la lengua franca galáctica. Aunque había, sí, unos pocos que llegaban al planeta exterior con el capricho o el interés auténtico de conocer no solo la naturaleza sino los modos de vida y la cultura de sus habitantes. Nadie mejor que un lingüista para hacer posible un contacto directo con los aanukiens. Y los aanukiens eran un pueblo pacífico, amable, gentil, que no opuso resistencia alguna a tales pretensiones. Como sucede tantas veces en estos casos los beneficios que se obtenían de su mundo gracias al turismo apenas fueron para ellos,

salvo al ofrecerles algunos adelantos que más bien nos interesaban a nosotros, los extranjeros, para nuestra comodidad al viajar y permanecer allí. Y, sin embargo, no parecía importarles.

Pastores, agricultores nómadas, mineros, artesanos del barro y el metal, los aanukiens eran descendientes de un grupo de colonos vodis que en los primeros siglos de la Gran Expansión perdieron el rumbo en su camino hacia Iliria, un planeta de la Zona Intermedia que reclamaba trabajadores para sus minas. La nave de aquellos emigrantes a la deriva logró aterrizar en un mundo pequeño y aislado, pero con un sol amarillo y buenas condiciones para vivir. Quisieran o no quedarse allí, lo cierto es que los naufragos no podían contactar con ningún otro asentamiento humano. Sin duda, se los dio por muertos y, cuando los reencontraron, habían pasado varios siglos, aquel planeta les pertenecía y ellos pertenecían a aquel mundo.

Aquí está mi *Informe*. Lea lo que explico en el primer capítulo:



Aanuk I

El Informe Monteverde

En Aanuk nunca ha habido una guerra. Esto puede parecer extraño o incluso inverosímil, pero solo para quien no conozca a sus habitantes. Pues basta con tratarlos unos días para aceptar sin reservas ese pasado pacífico.

No se trata de que no haya existido ningún tipo de lucha entre individuos o grupos. Esas luchas se han dado, por cuestiones personales o al disputar un territorio, un río, un rebaño. Pero la guerra entendida como un enfrentamiento planeado y organizado por unos gobernantes o grupos de poder, como un estado de hostilidad permanente y global, es para los aanukiens algo que solo ha ocurrido en otros mundos, algo que les explican a los niños sus maestros.

La razón está en que Aanuk es un planeta tan fértil, ofrece tantos recursos naturales, que no es necesario pelearse casi nunca por ellos. Claro que esa sobreabundancia y prodigalidad de la naturaleza explican también el lento desarrollo tecnológico del

pueblo aanukien. Conocen la electricidad y la máquina de vapor. Sin embargo, no hay coches, ni trenes, ni aviones, ni teléfonos. Ni prisas. Entre los primeros habitantes llegados en aquella nave náufraga, había expertos en el uso de la energía solar y luz del sol no faltaba, desde luego, en el planeta, que contaba también con buenos yacimientos de carbón en las zonas montañosas. Cuando surgieron los primeros poblados sedentarios comenzó a emplearse la electricidad, obtenida en los torrentes de las montañas. Hasta entonces les había bastado con el fuego, de la madera o del carbón, para cocinar e iluminarse, o si acaso para calentarse en las noches frescas.

El planeta tiene un único continente colonizado, en el hemisferio septentrional: lo llaman la Tierra Grande. Hay varias zonas climáticas en él: el norte es una región montañosa, luego viene el bosque y la llanura, que terminan en las playas arenosas del sur. Existen además numerosos archipiélagos, inhabitados, pues la población es bastante reducida y prefiere agruparse en el continente.

El núcleo básico de la sociedad aanukien es la tribu. Durante el invierno estas viven en las praderas y llanuras de la Tierra Grande, junto a los ríos y lagos, en poblados de tiendas y cabañas. Cultivan una parte

de los campos y otra se la dejan al ganado. Pero durante el verano hace tanto calor que los pastos se agostan y despiertan las plagas de mosquitos invadiéndolo todo (un dato curioso: en el idioma aanukien hay una expresión, *kivalapai*, cuya traducción literal es «soñar con mosquitos», pero cuyo significado figurado y familiar es «tener pesadillas»). Como la cosecha está ya recogida, los habitantes de los poblados levantan sus tiendas, reúnen sus rebaños de ovejas y cabras, y se dirigen hacia el bosque, pues allí el clima es más benigno, hay pastos frescos y no hay mosquitos. Son largas caravanas de hombres montados cada uno en su *kiita*, un híbrido entre caballo y camello terrestres que es el medio de transporte fundamental para los aanukiens (las personas mayores y los niños se trasladan en carros arrastrados también por *kiitas*), bien aprovisionados con el producto de sus cultivos, cereales y legumbres básicamente. Permanecerán en el bosque hasta el otoño.